

esperiencia y de las desgracias. Veo que las pasiones, parecidas á las tempestades, asolan y destruyen el campo de la vida. A diós, amable amigo mio. Todas las horas del dia te busco, y pido tu persona á los sitios en que solia verte, pero estan sordos y mudos; y entónces derramo lágrimas, como ahora mismo, que mojan este papel. Recogelas, mezcla con ellas las tuyas, y nunca olvides á tu desventurada y sensibilísima amiga. Pasalo bien, y se dichoso.»

Aquella carta irritó mis heridas: la pesadumbre perturbó mi razon y abatió mis fuerzas. Muchas veces, vagando por los montes, estuve á pique de precipitarme en sus abismos. No sé que mano invisible, ó que repentino apego á la vida, me contuvo en la misma orilla del precipicio.

Entretanto el sabio Diocles procuraba fortificar mi alma, y derramar en ella algunos consuelos, con atenciones, con buenas máximas, y con consejos dictados del corazon. Crisila, hija suya, que era fresca y hermosa como Hebe, era tambien sencilla y graciosa; se esforzaba á distraerme, ya cogiendome flores, ya presentandome frutas, ya cantando y tocando la lira; me pedia con frecuencia, dulce y tiernamente, que no me entristeciese; y decia que mis pesares la causaban pena, porque ni podia ver padecer á

un pájaro. Algunas veces suspendian mi dolor sus amables caricias; pero, en quedandome solo, renacia con mayor vehemencia.

CAPITULO XVIII.

Diocles, para consolarle, le cuenta su historia.

UN dia me encontró Diocles tendido sobre una piedra, con el semblante pavoroso, y con los ojos desencajados y fijos, y me reprendió tanto abandono y flaqueza. «La desgracia, me dijo, alcanza á todos los humanos: jóven sois, aprended á sufrir. A ver si sabeis el siguiente pasage de Democrito. Estaba este en la corte de Dario, cuando el Monarca perdió la muger á quien mas amaba, manifestandose inconsolable por aquella pérdida. Ofreció Democrito resucitarla, con tal que le diesen el nombre de tres personas que nunca hubiesen experimentado desgracia alguna. No las halláron, y aquella prueba sirvió á Dario de consuelo. Yo, como todos los mortales, he pagado muy á menudo mi tributo de dolor. He conocido la adversidad, he aprendido á sobrellevarla, y al fin he visto suceder á las borrascas dias serenos. Mañana por la mañana vendréis conmigo, y veréis,

por la narracion de mi vida, que nuestro camino está cubierto de malezas y de agudas espinas. »

Al alba del siguiente dia entró en mi cuarto Diocles, con un vaso de miel en la mano. « Seguidme, me dijo, y venid á instruiros. » Atravesámos el jardin, y subimos á una colina. Paróse, en medio del repecho, delante de una urna sombreada por unos cipreses: junto á ella habia una pirámide con esta inscripcion: « *Cenizas sagradas de Eufemia: su alma está con los Dioses.* » No lejos de allí filtraba por entre unas rocas una agua purísima. Diocles acabó de llenar con ella el vaso que contenia la miel, la mezcló, se acercó á la urna, la rodeó con sus brazos, la besó tres veces, hizo libaciones en torno de ella, y despues llamó por tres veces á la sombra de Eufemia, y la recomendó á los Dioses Manes (21).

Yo le observaba en silencio: volvió á mí con los ojos humedecidos de llanto, se los enjugó, y me dijo: Aquella urna contiene las tristes reliquias de lo mas amable que jamas vió el mundo; de un objeto que idolatraba yo; de una esposa que fué el consuelo, la gloria y la dicha de mi vida. Pero quiero que mi historia os enseñe que mientras peregrinamos sobre este globo, es preciso, por decirlo así, zambullir nuestra alma en las aguas del Estigio, para endurecerla contra la adver-

sidad; y que es forzoso igualmente padecer sin murmurar, y creer que nunca deja de mostrarse alguna serenidad por entre las nubes de esta vida.

Nací en Tebas, y aun era muy jóven cuando ya cursaba la escuela de la infelicidad. Diez y ocho años tenia, al tiempo que la ciudad fué sorprendida por los Espartanos, quienes durante las fiestas de Ceres se apoderáron por una traicion de Cadmea, nuestra ciudadela.

Habia dos partidos: el uno favorable á los Lacedemonios, y el otro, muy amante de la patria, los odiaba: yo era de este último; y hallandome entónces adicto al famoso Pelopidas, pariente mio, tuvimos la felicidad de escaparnos con nuestros amigos, y de refugiarnos á Atenas, donde tuvo alivio nuestro infortunio con el generoso acogimiento que debimos al pueblo y á los primeros personajes.

Un decreto nos declaró desterrados de Tebas. Pasados seis meses, nos juntó Pelopidas, y nos dirigió este discurso: « Nuestra patria, nuestros hermanos y amigos estan gimiendo entre cadenas. Aquí servimos de carga á los Atenienses, viviendo de sus beneficios: imitemos á su héroe Trasibulo, que con quinientos soldados se apoderó del Pireo, y trastornó la tiranía. Rompamos las cadenas de nuestra patria, y llamemos á la venganza:

el peligro es grande, y el éxito difícil; pero tambien nos espera una gloria inmortal: y si sucumbimos, no solamente Tebas, sino tambien los Griegos y la posteridad erigirán altares sobre el mármol de nuestros sepulcros.» Aquella corta arenga despertó nuestro resentimiento, é inflamó nuestro brio. Juramos sobre nuestras espadas la muerte de los tiranos. Procuramos ocultamente prevenir á nuestros amigos de Tebas. Caron, que era uno de los principales de la ciudad, nos ofreció su casa. Epaminondas alentaba bajo mano el valor de los jóvenes. Arreglado el plan y fijada la época, fué Ferenico con algunos conjurados á ocultarse en el arrabal de Triasia; y nosotros, que éramos doce, todos estrechos amigos, todos amantes de la gloria y del honor, partimos de Atenas. Llegamos á Triasia á media noche, y fué un correo á noticiarselo á Caron. Al amanecer, abrazámos á nuestros camaradas que se quedaban en Triasia, nos prometimos mutuamente valor, venganza y fidelidad, y marchámos á Tebas. Ibamos vestidos sencillamente con unas jaquetillas, llevábamos perros de caza, y en la mano unos garrotes, para que nos tuviesen por cazadores. Caron aguardabanos con intrepidez; pero el débil Hipertonidas, aunque ciudadano bueno y honrado, se estremeció á la vista del peligro;

y sin prevenir á ninguno de los conjurados, despachó un correo para rogarnos que nos detuviéramos. El correo, nombrado Childon, corrió á su caballeriza, buscó la brida de su caballo, no la encontró, y preguntó por ella á su muger. Esta respondió, por acaso, que la habia prestado. Enojóse Childon, y vomitó injurias é imprecaciones contra ella: la muger le pagó en la misma moneda. Pasóse el dia entre violentos altercados, y Childon renunció por fortuna á su viage. Entrámos en la ciudad por varias puertas, á eso del crepúsculo de la tarde; pero como empezaba el invierno, tenia encerrados á los habitantes en su casa el frio, el viento y la nieve. Nos hallámos cuarenta y ocho en casa de Caron.

Filidas, que era secretario de los polemarcos Arquias y Filipo, estaba de acuerdo con nosotros, y los habia convidado á cenar, prometiendoles delicadísima cena y hermosas mugeres, porque intentaba embriagarlos y adormecer su vigilancia. A la mitad de la cena, estando ya casi embriagados, les llegó un rumor vago y confuso de que los desterrados estaban en la ciudad. Filidas hizo cuanto pudo para desvanecer la noticia; pero Arquias envió á llamar inmediatamente á Caron. Ya estábamos preparando nuestras espadas y corazas. En esto llamáron á la

puerta, y todos lo estrañamos. Enviámos á un criado fiel para que abriera, el cual volvió despavorido á decirnos la órden del polemenco. Quedámonos en silencio, mirándonos unos á otros: en fin deliberámos, y resolvimos que Caron se presentase con libertad. Caron, intrépido en su riesgo, temia el de sus amigos; sin embargo podíamos sospacharle de traidor, ó cuando menos de débil. Corrió pues al cuarto de su muger, tomó en brazos á su hijo único, niño hermosísimo, y le puso en manos de Pelopidas, diciéndole: « Si os vendiere, vengaos sin compasion en ese niño. » Lágrimas nos arrancó aquella accion heroica. « Ve, le dijimos, que ya conocemos tu buena fé y tu osadía: vuelve á tomar tu hijo; y si pereciéremos, él será nuestro vengador y el de la patria. » No escuchó mas, oró á los Dioses, nos abrazó, y salió. En el camino se mesuró y se tranquilizó el rostro. Asi que llegó á la puerta de la casa del festin, le salieron al encuentro Arquias y Filidas; y Arquias le preguntó: « Caron, ¿ que gentes son esas que acaban de llegar á la ciudad? — ¿ De que gentes me hablais? replicó Caron haciendo el admirado: cuidado no sea algun falso rumor inventado únicamente con el designio de interrumpir vuestros placeres. En fin, haré exactas pesquisas, y vigilaré atentamente, porque no

conviene despreciar las noticias. » El astuto Filidas alabó mucho su prudencia. Volvió con Arquias á la sala, le escitó á beber, prolongó la cena, y le lisonjeó de que pronto llegarían las mugeres. Regresado Caron, nos encontró á todos dispuestos á perecer con las armas en la mano gloriosamente; pero nos volvió la esperanza y la alegría.

Apénas disipado aquel peligro, sobrevino otro. Llegó un correo de Atenas con cartas para Arquias, en las que le circunstanciaban menudamente la conjuracion. Dijole el correo: « Señor, quien os escribe os suplica que leáis al momento las cartas, porque tratan de asuntos importantísimos. » Arquias, que ya estaba tomado del vino, se rió del mensaje, y dijo metiendo las cartas bajo su almohadon: « Los negocios serios para mañana. » Esta espresion se convirtió en proverbio.

Nos dividimos en dos partidas: una, á las órdenes de Pelopidas, fué á atacar á Leontidas y á Hipotas en sus propias casas; y la otra, en que yo estaba, bajo el mando de Caron, marchó contra los polemencos. Llevámos sobre nuestras corazas vestidos de mugeres, y sobre nuestras cabezas coronas de pino y de chopo, que nos tapaban las caras. Al presentarnos, diéron los convidados gritos de alegría, creyendo que éramos

las cortesanas que habian esperado tanto tiempo. Fuimos entrando, y observando atentamente á cada personage; y hecho esto nos arrojámos con las espadas desnudas sobre Arquias y sobre Filipo: Filidas persuadió á los convidados á que se estuviesen quietos, asegurandoles que nada tenian que temer; y á los que se atrevieron á sacar la cara (como ya estaban casi volcados del vino), se les dió la muerte juntamente con los dos polemarcos.

Mayores dificultades encontró Pelopidas. Llegó con sus compañeros, y llamó á la puerta de Leontidas que estaba ya acostado, y nadie respondió. Abrió, por fin, un esclavo á quien matáron, y despues subieron al cuarto de su amo, quien despertado ya por el ruido saltó de la cama, y tomó su espada; pero olvidó apagar las luces, y lo erró, porque acaso se hubiera salvado. Defendió la entrada de la puerta, y derribó á sus piés á Cefisodoro, que fué el primero á presentarsele. Siguióle Pelopidas, y acometió á Leontidas: la puerta era estrecha, y el cuerpo de Cefisodoro obstruía el paso: fué la pelea larga y peligrosa; pero al cabo Leontidas cedió y murió, y desde allí corrieron á casa de Hipotas, que tuvo la misma suerte.

Reuniéronse nuestras dos tropas despues de estas hazañas. Despachámos correos á los

desterrados del Atica; llamámos á los Tebanos á la libertad; los armámos, y forzámos las tiendas de los espaderos. Epaminondas y Gorgidas viniéron á nuestro socorro. Por toda la ciudad reinaba la turbacion y el terror: todas las casas estaban alumbradas; el pueblo, consternado y repartido por las calles, aguardando el día con impaciencia. Al amanecer llegaron nuestros desterrados. Convocóse una junta general. Epaminondas y Gorgidas presentáron en ella á Pelopidas y á nuestra tropa circundada de sacrificadores que llevaban las banderolas sagradas, y exhortaban á los ciudadanos á socorrer á los Dioses y á su patria.

Al ver tal espectáculo, dió la multitud grandes voces y ruidosas palmadas, y fuimos acogidos como bienhechores y libertadores de la patria.

Este suceso para siempre memorable reparó muy ventajosamente seis meses de peligros, de pesares y de fatigas, y fortificó mi alma contra los tiros de la adversidad.

Entónces creó Gorgidas un batallon sagrado compuesto de trecientos jóvenes Tebanos. Uno de ellos fuí yo. Ya sabeis que en aquel cuerpo se elige un compañero de armas, con el cual se estrecha tierna amistad: es una reunion de amantes y de amados: se pelea junto al amado, y se le debe defender hasta

perder por él la vida. No titubeé en mi elección. Parmenides y yo, atraídos por simpatía natural, volámos uno ácia el otro; y nuestras almas, por decirlo así, se identificáron, ó bien sirviendome de una feliz espresion de Pitágoras, mi amigo era otro yo. Nos tenian por un modelo de amistad, como Castor y Polux, ó como Teseo y Piritoo. Hicimos nuestra campaña primera bajo el mando de Epaminondas, el hombre mas grande de la Grecia. En la batalla de Leuctres peleábamos Parmenides y yo lado por lado, cuando advertí que los Espartanos se le llevaban prisionero: entónces yo me metí furioso y terrible entre mis contrarios, y conseguí libertar á mi amigo; pero en aquel mismo instante me derribáron sin sentidos de una pedrada en la cabeza. Rodeóme el enemigo, y Parmenides me defendió, como yo á él. Declaróse la victoria por nosotros. ¡Que gloriosa fué! la debimos á la bizarría y al ingenio de Epaminondas. Le circundámos en el campo de batalla. Traslucíasele en el rostro una alegría modesta, y atribuía el buen éxito de aquella jornada á nuestro batallon, que hizo, verdad es, hazañas valerosas. Alabó nuestro valor y disciplina, y nos dió gracias de la gloria de que le colmámos. Pelopidas le dijo que aquella victoria debia regocijarle mucho. — Sí, le replicó, porque sé

cuanto gozo ha de causar á mis padres (22).

Para recoger Epaminondas el fruto de su victoria, entró en Laconia, y la devastó á los ojos mismos de Agesilao. Pasámos á nado el Eurotas, hinchado entónces con las nieves. Epaminondas iba en la fila primera, con la cabeza descubierta, y agua sobre la cintura. Desmintió aquel proverbio famoso: « Que jamás muger alguna de Esparta habia visto el humo de un campo enemigo (a). » No obstante, tuvimos precision de retirarnos. — Pero á su vuelta los Tebanos se atrevieron á poner en juicio á aquel Capitan grande, por haber conservado el mando del ejército algo mas del tiempo fijado por la ley. A su lado estaba yo cuando le noticiáron que los jueces iban á pronunciar sentencia de muerte contra él. Respondió luego, sin la menor alteracion: « Suplico á mis compatriotas, que pongan sobre la lápida de mi sepulcro: *Perdió la vida por haber salvado á la república.* » Aquel reproche avergonzó á Tebas de su ingratitud, y de allí á poco le volviéron el mando.

Y fué para la gloria y la salud de su pa-

(a) Aquellas mugeres, tan duramente educadas y tan bien ejercitadas en los gimnasios, así que viéron cerca al enemigo, sembráron la consternacion y el desórden en la ciudad, con sus gritos y espantos.

tria. Marchámos á Mantinea. Allí ostentó Epaminondas todo su talento guerrero, y acabó de aniquilar el orgullo de la soberbia Esparta. Quedó inundado de sangre el campo de batalla: el valor, el deseo de fama, el odio, y todas las pasiones juntas animaban á los dos ejércitos. Fué horrible la carnicería. Parmenides y yo peleábamos con nuestros escudos unidos, inflamados de un mismo espíritu de gloria, y de un mismo deseo de defendernos recíprocamente. Ibale á herir un Espartano, yo me puse delante, y recibí una profunda herida: caí en el suelo: Parmenides respiraba rabia y venganza, pero recibió otra herida peligrosa, y vino á caer junto á mí. Estrechéle, como pude, en mis brazos, y le llamé; pero yo mismo perdí muy pronto el sentido. Cuando volví en mi acuerdo, me hallé entre las manos de los médicos, rodeado de muchos camaradas míos, y todos llorando. — ¿Que tenéis? les pregunté. ¿Se ha ganado la batalla? — Sí, me respondieron: Tebas triunfa, y Esparta queda abatida; pero hemos comprado la victoria con la muerte de nuestro General. — ¿Oh pérdida espantosa, irreparable! pero Parmenides, ¿como no está aquí! — Habia yo olvidado su herida, y nada me respondieron. Habláronme de Epaminondas, y me dijéron que ántes de espirar habia preguntado quien era vencedor. — Respon-

diéronle, que los Tebanos. — Bastante, pues, he vivido, añadió, quedando triunfante mi patria. ¿En que mejor instante podía yo morir! — ¿Oh héroe! ¿oh hombre sin igual! exclamé enagenado; pero decidme, por compasion, ¿que es de Parmenides? — Volviéron á callar, y bajáron los ojos. Entónces fué cuando un débil recuerdo, parecido á un sueño, me presentó sus heridas, y dije en alta voz: ¿Ya no vive! ¿ha muerto! Fuera de mí, y como desesperado, me quité el vendage, y brotó impetuosamente la sangre. Hubiera perecido sin remedio, á no ser por los socorros y dulces insinuaciones y ruegos de mis camaradas. Estuve mucho tiempo penetrado de mi dolor. Huia de toda diversion y de toda sociedad, y la tristeza y el tedio consumian mi juventud. Viendome privado de esperanzas, me creí sacrificado para siempre á llantos y pesares; pero el dolor se embota como el placer, porque la rápida sucesion de las cosas trae nuevos sentimientos.

Opinó mi padre que me distraeria el matrimonio. Resistíme á ello larga temporada; pero tuviéron tanto poder sus ruegos y solicitudes, que al fin cedí. No fué dichoso mi enlace. Tan solo por honradez y obligacion vivia familiarmente con mi muger, la cual por su parte me confesó que, si habia casado conmigo, habia sido únicamente por obe-

decer las órdenes de sus padres, y por seguir el dictámen de su propio juicio; y que alimentaba en su alma una pasión oculta é infeliz, cuyo objeto era un Ateniese de quien no habia tenido noticia alguna dos años habia. Sin embargo de eso, parió un niño, que es Filotas. Parece que este niño habia de haber estrechado nuestra union; pero un dia entró mi esposa en mi cuarto, y me dijo: « Conozco tu probidad, y que mereces una muger que te ame mucho: yo no te puedo hacer feliz. Tersandro, que es mi amado, acaba de llegar: le he visto, y mi amor con su presencia se ha inflamado mas. »—Basta, la dije: casate con Tersandro, pero con dos condiciones: la una, que me quedaré con mi hijo; y la otra, que tú serás quien pida el divorcio; pero te volveré tu dote (23). Conformóse á todo, y nos separámos amistosamente.

Seis meses estuve penando y pasando una vida lenta é insípida, únicamente ocupado en la crianza de mi hijo. Pero un dia, al salir del templo de Apolo Ismenio, adonde solia yo ir á admirar el Mercurio de Fidias y la Minerva de Escopas, emparejé en compañía de un amigo mio con dos mugeres, y con un hombre que llevaba acuestas un haz de ramas: este, al pasar, arañó con ellas el rostro de una de las dos mugeres, la cual

dió un grito, y yo acudí á su socorro: sentáronla sobre una piedra, levantáronla el velo, y se desmayó. Acudieron á ella; y solo yo me quedé como en éstasis, clavados los ojos sobre aquel objeto, cuyas facciones, miradas, atractivos y congojas se iban grabando poderosamente en mi alma. Ya que hubo recobrado el uso de sus sentidos, vagaron sus ojos sobre los que la rodeaban, y se encontraron con los míos; y ya fuese porque estos espresaban la inclinacion y el dolor, ó ya fuese por un efecto simpático, los detuvo algun tiempo sobre mí. La hablé del susto que aquel accidente nos habia causado, y me dió las gracias, pero con voz tan halagüeña y persuasiva, que mi alma se enagenó de gozo, como si en un árido desierto hubiera repentinamente oido los compases de una música armoniosa. Lleváronla á su casa, y yo la acompañé con algunos otros. Fué menester dejarla, pero la amaba ya locamente. No me detengo en la relacion circunstanciada de mis amores. Tuve la fortuna de agradar á Eufemia, y de pasar cerca de un año en el colmo de mis felicidades; pero se fraguaba una tormenta. Rogué, por medio de una persona, al padre de Eufemia que me diese su hija en matrimonio. Me la rehusó, declarando á su hija al mismo tiempo que queria absolutamente que se casase con Polemon,

hijo de un íntimo amigo suyo. Desde el nacimiento de sus dos hijos habian jurado estos amigos mutuamente unirlos. El corazón de Eufemia rehusó siempre aquel himeneo, porque una repugnancia invencible la alejaba de Polemon; pero, en fin, enternecida y obligada por los ruegos de su padre, obedeció. Cuando supe aquella novedad, quedé como un desesperado, y determiné robarla, é irme á vivir con ella á un desierto. Aceché el instante en que se paseaba fuera del pueblo con dos compañeras suyas. Acerquéme á ella con las armas en la mano, y con semblante amenazador y adusto; sus compañeras huyéron, pero ella me recibió con aire grave y sosegado. Pintéla mi dolor y mi despecho, y la insté á que se fuera conmigo. — « No creí, me dijo, cuando recibí la declaracion de mi amante, que aquel amante mismo hubiera querido deshonorarme, y que me hubiera aconsejado quitar la vida á mis padres; ni tampoco hubiera yo sospechado que Diocles, aquel á quien amé, fuese un egoísta desapiadado, que quisiese sacrificarme al arrebatamiento de sus pasiones. » — Este discurso tierno y severo me abrió los ojos. Echéme á sus piés, lloré, é imploré mi perdon. — Os perdono, Diocles, por lo que vuestro corazón sufre; mas á condicion de que os alejaréis de mí por algun tiempo. — Pero ¿ os acordáis

réis, Eufemia, de un amante que va á pasar su vida entre lutos y lágrimas? — Y acaso mas, Diocles, de lo que conviene á mi sosiego. A dios, querido Diocles mio, y se tan dichoso como yo deseo. — Dicho esto, reemplazáron su voz sollozos y suspiros.

Aquella misma noche partí, renunciando á mi amor y á mi patria, y mirandome como una víctima del destino, y como un ser desventurado.

Recorrí la Grecia, el Asia menor, el Egipto y la Sicilia, y en ninguna parte hallé reposo ni consuelo, siendome en todas la vida una carga insoportable.

Dos años habian pasado, y aun chorreaba sangre mi herida; y llegaba á tanto mi despecho, que carecia hasta de la esperanza de ser feliz.

Llegué á Corinto, y apénas me habia desembarcado, cuando me conoció un Tebano, y se llegó á mí. Pasados los primeros cumplimientos, le pregunté por el padre de Eufemia, sin atreverme á nombrar á su hija. — Su vida, me respondió, es muy amarga. — ¿ Pues por que? le repuse: ¿ que reveses ha tenido? — Los Dioses, añadió, han apartado los ojos de su hija, y por eso vive enlutado y afligido. — ¿ Que dices, Tebano? ¿ Justos Dioses! ¿ Eufemia es desgraciada? — Sí, lo es: su marido está desterrado de Tebas, por

haber huido cobardemente de una batalla, y no se sabe que se ha hecho. La vida costó á Polemon la vergonzosa conducta de su hijo; y el padre de Eufemia, indignado contra su yerno, ha conseguido que se sentencie el divorcio. Despues ha propuesto otros partidos á su hija; pero ella le suplicó que la dejase vivir sola, y el padre arrepentido (asi dicen) de haber forzado su primera inclinacion, no se atrevé á abusar mas de su autoridad.

Yo le escuché con igual ansia á la que mostraria un sentenciado á quien estuviesen notificando su perdon. A cada frase palpitaba mi corazon de pena y de gozo: yo participaba de la afliccion de Eufemia, al mismo tiempo que renacia en mi alma la esperanza. Por segunda vez supe que el valor y la paciencia eran la égide que habia de oponerse á la adversidad. Partí inmediatamente, sin que fuera bastante á retardar mi viage la necesidad del sueño y del descanso. Llegué á Tebas á media noche. ¡Que conmocion tan violenta esperiménté cuando me ví dentro del recinto que habitaba Eufemia! Corrí á ponerme debajo de sus ventanas, y á cantar unas coplas que habia yo compuesto para ella al principio de nuestros amores.

 CAPITULO XIX.

Interrumpe Diocles su historia. La continúa á la mañana siguiente.

PERO ya el sol se va elevando, y los ganados retirandose, y el trabajo y mis hijos me llaman; porque en sus brazos es donde olvido mis penas. Mañana, á la hora misma, si es que deseais la prosecucion de esta historia, os la continuaré aquí mismo; pues yo me complazco en contarla delante de la sombra de Eufemia, que sin duda me oye. — Al dia siguiente, al apuntar el dia, volvimos á la colina. Diocles renovó sus libaciones, llamó tres veces á Eufemia, hecho lo cual prosiguió su narracion.

Estuve debajo de las ventanas de Eufemia, cantando coplas. Despertóse con ellas, y quedó maravillada de oír mi voz; pero creyó que era ilusion del sueño. Prestó mas atento el oído, y entónces reconoció las palabras; y no dudando ya de la verdad, abrió con mucho tiento su ventana, y me dijo en baja voz: « Diocles, ¿eres tú? — Sí, yo soy: soy tu amante infeliz, que vengo á espirar á tus ojos. — Pues, Diocles, la hora no es pro-